

Prólogo

En la vida nunca obtienes lo que te mereces, sino lo que negocias.

Esa fue la primera lección que me enseñó.

Llevo tres días poniendo en práctica ese consejo, negociando frenéticamente con mis demandantes y mis perseguidores en un intento desesperado por evitar la pena de muerte, que todos ellos creen que merezco.

En el exterior de la cárcel, los miembros de la prensa dan vueltas en círculo como buitres. Los canales de noticias no se cansan de hablar de mí, presentándome como un ejemplo aleccionador de lo que sucede cuando la codicia y la ingenuidad colisionan y generan ese choque de trenes salpicado de sangre conocido como «culpable de homicidio en primer grado». Continúan reciclando esa foto de medio cuerpo que me sacó la policía después de ser arrestada. Sunlight TV ha desenterrado incluso una borrosa fotografía de cuando iba al colegio en Nai-

nital, en la que aparezco rígidamente sentada en primera fila al lado de la señorita Saunders, la maestra de octavo. Pero ahora tengo la sensación de estar a años luz de Nainital, como si aquello fuera un país de nunca jamás con frondosas montañas y lagos plateados donde, en otro tiempo, mi juvenil optimismo me llevó de un modo engañoso a creer que el futuro era ilimitado y el espíritu humano indomable.

Quiero tener esperanzas, soñar, volver a tener fe, pero el peso desalmado de la realidad sigue aplastándome. Me parece estar viviendo una pesadilla, me siento atrapada en un pozo profundo y oscuro de interminable desesperación, un pozo sin fondo ni salida.

Sentada en una sofocante celda sin ventanas, mis pensamientos continúan descarriándose hacia aquel aciago día en que todo empezó. Pese a que han transcurrido ya más de seis meses, recuerdo aún todos los detalles con inquebrantable claridad, como si fuera ayer. Me veo caminando hacia el templo de Hanuman, en Connaught Place, aquella fría tarde gris...

Es viernes, 10 de diciembre, y el tráfico en Baba Kharak Singh Marg es el caos habitual de calor y ruido. La avenida está abarrotada de autobuses que avanzan pesadamente, coches que no cesan de tocar la bocina, motos que gimotean y chisporroteantes *rickshaws* motorizados. El cielo está despejado, pero resulta imposible ver el sol detrás del tóxico cóctel de niebla que asfixia la ciudad cada invierno.

Llevo una chaqueta de punto de color gris encima de un discreto *salwar kameez* azul celeste, después de haber optado con prudencia por cambiarme y no salir con el uniforme de trabajo. Es una rutina que sigo todos los viernes: abandonar la tienda a la hora de comer para dar un corto paseo por el

mercado y dirigirme al antiguo templo dedicado a Hanuman, el dios mono.

La mayoría acude a los templos para rezar; yo lo hago para expiar. No me he perdonado todavía la muerte de Alka. Una parte de mí seguirá siempre pensando que lo que le sucedió fue por mi culpa. Desde aquella horrible tragedia, Dios se ha convertido en mi único refugio. Y tengo un vínculo especial con la diosa Durga, que también tiene un altar en el interior del Hanuman Mandir.

Lauren Lockwood, mi amiga americana, nunca dejará de sorprenderse por el hecho de que tengamos trescientos treinta millones de dioses. «Caray, a los hindúes os gusta apostar sobre seguro», dice. Probablemente sea una exageración, pero la verdad es que todo templo que se precie tiene altares dedicados a media docena de deidades, como mínimo.

Todas las deidades tienen poderes especiales. La diosa Durga es la Invencible, capaz de solventar situaciones de extrema congoja. Después de la muerte de Alka, cuando mi vida se convirtió en un oscuro túnel de tristeza, dolor y arrepentimiento, Durga me dio fuerza. Siempre está conmigo cuando la necesito.

El templo está excepcionalmente concurrido al ser un viernes por la tarde, y me quedo atrapada en la incesante melé de devotos que se abren paso a empujones para llegar al sanctasanctorum. Noto el frío del suelo de mármol bajo mis pies descalzos y percibo un ambiente cargado con la embriagadora mezcla de sudor, sándalo, flores e incienso.

Me pongo en la cola de mujeres, que es bastante más corta, y logro entrar en comunión con Durga Ma en menos de diez minutos.

Terminado mi *darshan*, me dispongo a bajar las escaleras cuando noto una mano en el hombro. Me giro y veo a un hombre que me mira fijamente.

Cuando en Delhi un varón adulto desconocido aborda a una mujer joven, el gesto instintivo te lleva a buscar el spray de gas pimienta que siempre tienes a mano. Pero el desconocido que me mira no es ningún holgazán callejero. Es un anciano, vestido con un *kurta* de seda de color blancuzco y un chal de pashmina que le cubre de manera informal los hombros. De piel clara y alto, tiene nariz aguileña, boca con expresión dura y decidida y una cabeza coronada con un tupé de pelo blanco como la nieve. Una *tika* de color bermellón adorna su frente. Lleva los dedos cargados de anillos con relucientes diamantes y esmeraldas. Pero son sus penetrantes ojos castaños lo que me inquieta. Me examinan con una franqueza que me resulta levemente intimidante. Es un hombre al que le gusta controlar la situación.

—¿Podría hablar un momento contigo? —pregunta de manera cortante.

—¿Qué desea? —respondo con sequedad, aunque, por respeto a su edad, menos descortés de lo que en otras circunstancias me habría mostrado.

—Me llamo Vinay Mohan Acharya —dice con calma—. Soy el propietario del Acharya Business Consortium. ¿Has oído hablar del grupo empresarial ABC?

Arqueo las cejas a modo de respuesta. ABC Group es famoso por ser uno de los mayores consorcios de la India y fabrica todo tipo de cosas, desde dentífricos hasta turbinas.

—Tengo una propuesta para ti —continúa—. Algo que cambiará tu vida para siempre. ¿Me concedes diez minutos para que te lo explique?

No es la primera vez que escucho esas palabras. En boca de latosos agentes de seguros que pregonan su mercancía como buhoneros y de vendedores puerta a puerta de detergentes. Y siempre me llevan a ser cauta.

—No dispongo de diez minutos —digo—. Tengo que volver al trabajo.

—Escucha solo lo que tengo que decirte —insiste.

—¿El qué? Dígalo.

—Me gustaría brindarte la posibilidad de convertirte en directora general de ABC Group. Te ofrezco la oportunidad de dirigir un imperio empresarial valorado en diez mil millones de dólares.

Ahora sé que no es de fiar. Habla como cualquier engañabobos seguro de sí mismo, igual que esos omnipresentes vendedores ambulantes de Janpath que intentan colarte cinturones de piel artificial de pacotilla y paquetes de pañuelos baratos. Espero la aparición de esa media sonrisa que me confirmará que bromea, pero su rostro se mantiene impasible.

—No me interesa —digo con firmeza, y empiezo a bajar las escaleras. Me sigue.

—¿Estás diciéndome que rechazas la oferta del siglo, más dinero del que llegarás a ver en el transcurso de siete vidas?
—Su tono es afilado, cortante como un látigo.

—Mire, señor Acharya, o quienquiera que sea. No sé de qué va su juego, pero no me interesa participar. Así que, por favor, deje de darme la lata —digo mientras recojo mis zapatillas Bata, que he dejado a cargo de la anciana de la entrada del templo que vigila el calzado a cambio de una pequeña propina.

—Sé que seguramente pensarás que se trata de una broma —declara, calzándose un par de sandalias de color marrón.

—¿Y no lo es?

—Jamás en mi vida he hablado más en serio.

—Entonces debe de ser de algún programa de cámara oculta de la tele. Imagino que, en el momento en que diga que sí, me mostrará la cámara secreta que le sigue por todas partes.

—¿Pretendes que un hombre de mi posición se dedique a hacer programas estúpidos de televisión?

—¿Y no le parece estúpido ir por ahí ofreciendo su imperio empresarial a desconocidos elegidos al azar? Me hace dudar incluso de que sea usted quien dice ser.

—Una buena observación —asiente—. Un poco de escepticismo siempre resulta sano. —Busca en el interior del bolsillo de su *kurta* y extrae una cartera de piel negra. Saca una tarjeta de visita y me la ofrece—. Tal vez esto te convenza.

La examino por encima. La verdad es que impresiona: confeccionada en una especie de plástico semitransparente con el logotipo de ABC Group grabado en relieve y el nombre «VINAY MOHAN ACHARYA, PRESIDENTE» debajo, impreso en negrita.

—Cualquiera puede hacerse imprimir esto por unos pocos centenares de rupias —digo, devolviéndole la tarjeta.

Extrae otro objeto de plástico de la cartera y me lo muestra.

—¿Y esto?

Es una tarjeta American Express Centurion completamente negra con el nombre «VINAY MOHAN ACHARYA» grabado en la parte inferior. Solo he visto uno de estos excepcionales ejemplares en mi vida, cuando un ostentoso constructor de Noida pagó un televisor Sony LX-900 de sesenta pulgadas que costaba casi cuatrocientas mil rupias.

—Sigue sin cambiar nada. —Me encojo de hombros con indiferencia—. ¿Cómo sé que no es falsa?

Hemos cruzado ya el patio del templo y estamos llegando a la avenida.

—Allí está mi coche —dice, señalando un reluciente vehículo aparcado junto a la acera. Veo un chófer en el asiento del conductor con una gorra de visera y un uniforme blanco almidonado. Un militar armado y vestido con traje de faena se levanta del

asiento delantero y se pone firmes. Acharya hace un rápido movimiento con un dedo y la puerta de atrás se abre con prontitud. Su afanoso servilismo no parece falso, sino cultivado a lo largo de años de incuestionable subordinación. El coche, observo con admiración, es un Mercedes-Benz CLS-500 plateado, cuyo precio debe de estar por encima de los nueve millones de rupias.

— Concédeme un segundo — dice Acharya, e introduce la cabeza en el coche. Coge una revista del asiento posterior y me la pasa—. Había guardado esto como último recurso. Si esto no te convence, nada lo hará.

Es el número de diciembre de 2008 de *Business Times*. En la portada aparece el retrato de un hombre acompañado de un resplandeciente titular: «HOMBRE DE NEGOCIOS DEL AÑO». Echo un vistazo a la cara de la portada y luego miro al hombre que tengo enfrente. Son idénticos. Es imposible equivocarse: el penacho plateado peinado hacia atrás, la nariz curvada, los penetrantes ojos castaños. Estoy en presencia del industrial Vinay Mohan Acharya.

— De acuerdo — admito—. De modo que es usted el señor Acharya. ¿Qué desea de mí?

— Ya te lo he dicho. Quiero convertirte en mi directora general.

— ¿Y pretende que le crea?

— Dame diez minutos y *haré* que me creas. ¿Podemos sentarnos en algún sitio para hablar?

Miro el reloj. Quedan aún veinte minutos para terminar el receso de la comida.

— Podríamos ir a la Coffee House — digo, señalando el edificio de aspecto ruinoso del otro lado de la avenida que sirve de punto de encuentro para los tertulianos de la élite liberal.

— Habría preferido el Lobby Lounge del Shangri La — dice con el aire reacio del hombre que acepta resignado una mala elección—. ¿Te importa si se suma a nosotros un colega?

Y, mientras pronuncia estas palabras, se materializa a nuestro lado un hombre, surgido como un fantasma de entre la multitud de peatones. Es mucho más joven, unos treinta y pocos años, y va vestido informalmente con un chándal Reebok azul oscuro. Con una altura justo por debajo del metro ochenta, tiene la constitución nervuda y delgada de un atleta. Observo su corte de pelo al estilo militar, sus ojos de hurón y su boca, de labios finos y expresión cruel. Tiene la nariz algo desviada, como si se la hubiera roto en alguna ocasión, el único rasgo destacable en una cara, por lo demás, anodina. Imagino que debe de haber estado siguiendo los pasos de Acharya todo el rato. Incluso ahora, su taladrante mirada oscila constantemente de lado a lado, inspeccionando el entorno como un guardaespaldas profesional, antes de fijarse en mí.

—Te presento a Rana, mi mano derecha —dice Acharya. Saludo educadamente, marchitándome bajo su gélida mirada.

—¿Vamos? —pregunta Rana. Tiene una voz desgastada y abrasiva que recuerda al sonido de las hojas secas arrastrándose por el suelo. Sin esperar mi respuesta, echa a andar hacia el paso subterráneo.

El fuerte olor a *dosas* fritas y café torrefacto me asalta los sentidos en el instante en que cruzo la puerta giratoria del restaurante. Tiene todo el ambiente de la cafetería de un hospital. Veo que Acharya arruga la nariz, arrepintiéndose ya de la decisión de venir aquí. Es la hora de comer y el local está abarrotado.

—Hay un mínimo de veinte minutos de espera —nos informa el encargado.

Observo que Rana le desliza un billete doblado de cien libras y al instante tenemos preparada una mesa en un rincón. Acharya y su lacayo se sientan a un lado y yo ocupo el solitario

asiento delante de ellos. Rana pide de forma desagradable tres cafés americanos y Acharya toma el mando a continuación. Me mira a los ojos, sin parpadear.

—Permíteme ser franco contigo. Todo esto es como una apuesta ciega para mí. De modo que, antes de explicarte mi propuesta, ¿podrías contarme algo sobre ti?

—Bueno, no hay mucho que contar.

—Podrías empezar diciéndome cómo te llamas.

—Me llamo Sapna. Sapna Sinha.

—Sapna. —Paladea la palabra antes de asentir, aparentemente satisfecho—. Un buen nombre. ¿Cuántos años tienes, Sapna, si no te incomoda la pregunta?

—Veintitrés.

—¿Y a qué te dedicas? ¿Eres estudiante?

—Me gradué en la Universidad de Kumaun, en Nainital. Ahora trabajo como vendedora en Gulati & Sons. Tienen un establecimiento de exposición y venta de productos de electrónica y electrodomésticos en Connaught Place.

—Lo conozco. ¿No queda por aquí cerca?

—Sí. En el Bloque B del centro comercial.

—¿Y cuánto tiempo llevas trabajando allí?

—Más o menos un año.

—¿Y tu familia?

—Vivo con mi madre y Neha, mi hermana pequeña. Está cursando su diplomatura en el Kamala Nehru College.

—¿Y tu padre?

—Falleció, hace año y medio.

—Oh, lo siento. ¿De modo que ahora eres el sostén de la familia?

Asiento.

—Si no te importa decírmelo, ¿cuánto ganas al mes?

—Con las comisiones, unas dieciocho mil rupias.

—¿Eso es todo? En ese caso, ¿no tendrías que estar dando saltos de alegría ante la oportunidad de poder liderar una compañía que vale miles de millones de dólares y ganar una fortuna?

—Mire, señor Acharya, sigo estando algo confundida con respecto a su oferta. En primer lugar, ¿por qué necesita un director general?

—¿Por qué? Pues porque tengo sesenta y ocho años y no voy para joven. Dios creó el cuerpo humano como una máquina con fecha de obsolescencia incorporada. Estoy a punto de llegar a mi fecha de caducidad. Pero, antes de irme, quiero tener garantías de que la organización que he sustentado durante cuarenta años realiza una transición ordenada. Quiero asegurarme de que me sustituya una persona que crea en los mismos valores que yo.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no su hijo o su hija?

—Veamos, para empezar, porque ya no tengo familia. Mi esposa y mi hija murieron en un accidente de avión hace dieciocho años.

—¡Oh! ¿Y por qué no alguien de la empresa?

—He buscado a lo largo y ancho de la compañía. Pero no he encontrado a nadie adecuado, ni de lejos. Mis ejecutivos son buenos gestores, unos subordinados excelentes, pero no veo en ninguno de ellos los rasgos de un gran líder.

—¿Y qué ve en mí? No tengo ni idea de cómo se gestiona una empresa, ni siquiera poseo un MBA.

—Esos títulos no son más que un simple pedazo de papel. No enseñan a liderar gente, solo a gestionar cosas. Por eso me niego a ir a una institución de ese tipo para elegir a mi director general. He venido a un templo.

—Sigue sin responder a mi pregunta. ¿Por qué yo?

—He observado algo en tus ojos, una chispa que no he visto en ningún otro lado. —Me mira a los ojos para confirmarlo

antes de apartar la vista—. Siempre me ha gustado observar a la gente —prosigue, echando un vistazo al local, a los compradores de clase media y a los oficinistas que ocupan otras mesas—. Y, de entre todas las personas que he observado en el templo, tú has sido la que me ha parecido más concentrada. Llámalo intuición, clarividencia, lo que te venga en gana, pero algo me ha dicho que podrías ser la elegida. Solo tú tenías esa atractiva mezcla de determinación y desesperación que estoy buscando.

—Creía que la desesperación era una virtud negativa.

Niega él con la cabeza.

—Las personas felices no pueden ser buenos directores generales. La complacencia genera pereza. Lo que produce logros es la aspiración. Quiero gente con hambre. Con hambre que nazca del desierto del descontento. Tú pareces tener ese deseo, esa hambre.

Empiezo a sentirme atrapada por sus arrolladoras declaraciones y grandiosos supuestos. Pero la lógica que respalda su retórica sigue siéndome esquiva.

—¿Siempre toma decisiones en base a sus antojos?

—Nunca infravalores el poder de la intuición. Hace once años, adquirí en Rumanía una fábrica en crisis llamada Iancu Steel. Allí se perdía dinero cada día que pasaba. Mis expertos me aconsejaron que no la comprara. Decían que si adquiriría algo tan malo estaría tirando un buen dinero. Pero me mantuve firme en mi decisión. Lo único que me atraía de aquella fábrica era su nombre. Iancu significa «Dios es benévolo». Hoy en día, el cincuenta y tres por ciento de los ingresos que obtenemos en la fabricación de acero proviene de esa fábrica de Rumanía. Dios es benévolo, es evidente.

—¿De modo que cree en Dios?

—¿No te parece prueba suficiente? —Señala la marca de color bermellón que adorna su frente—. El principal motivo

por el que me dirigí al templo para seleccionar a mi sucesor fue porque quería una persona devota como yo. Vivimos en Kalyug, la época oscura, llena de pecado y corrupción. La religión ya no está de moda. Los jóvenes que trabajan para mí viven devorados por el consumo. Seguramente llevan años sin visitar un templo para rezar. No quiero decir con esto que sean todos ateos, lo que sucede es que su dios es el dinero, por encima de todo. Pero tú... —Mueve la cabeza afirmativamente en un gesto de aprobación—. Pareces ser la candidata piadosa y temerosa de Dios que estaba buscando.

—Sí, lo entiendo. Usted actúa guiado por sus antojos, y su último antojo es que yo soy la elegida. Y, ahora, dígame: ¿dónde está la trampa?

—No hay ninguna trampa. Pero sí hay ciertos términos y condiciones. Tendrás que superar diversas pruebas.

—¿Pruebas?

—No te preocupes; no es mi intención devolvarte al colegio. En la vida escolar simplemente se pone a prueba la memoria. Lo que pone a prueba nuestro carácter es la propia vida. Mis siete pruebas son ritos de iniciación y han sido concebidas para calibrar tu temple y tu potencial como directora general.

—¿Por qué siete?

—En los cuarenta años que llevo dirigiendo el negocio, he aprendido una cosa: una empresa solo puede ser tan buena como buena sea la persona que la gestiona. Y he ido perfilando las características de un director general de éxito hasta dejarlas en siete atributos básicos. De manera que cada una de las siete pruebas se centrará en una de esas siete características.

—¿Y qué tendré que hacer para superar esas pruebas?

—Nada que no hicieras en tu vida diaria. No te pediré que robes, ni que mates, ni que hagas nada ilegal. De hecho, ni siquiera te darás cuenta de que estás llevando a cabo las pruebas.

— ¿Qué quiere decir?

— Mis pruebas están extraídas del manual de la vida. ¿Acaso no nos pone la vida diariamente a prueba? ¿Acaso no nos vemos obligados a tomar decisiones a diario? Me limitaré a evaluar tus decisiones, tus respuestas a los retos diarios de la vida. Eso revelará de qué material estás hecha.

— ¿Y si fallo alguna de esas pruebas?

— En ese caso, tendré que buscar a otra persona. Pero el instinto me dice que no fallarás. Pareces casi destinada. El premio de lotería más grande de todos los tiempos será tuyo.

— En ese caso, mi decisión está bastante clara: no me interesa su oferta.

Parece pasmado.

— Pero ¿por qué?

— Porque no creo en la lotería.

— Pero crees en Dios. Y, a veces, Dios nos da mucho más de lo que pedimos.

— No soy tan avariciosa — digo, levantándome de la mesa—. Gracias, señor Acharya. Ha sido un placer conocerle, pero, de verdad, tengo que volver al trabajo.

— ¡Siéntate! — me ordena. Su voz suena acerada. Trago saliva y me siento como una alumna obediente—. Escucha, Sapna. — Su voz se suaviza—. En el mundo solo existen dos tipos de personas: ganadoras y perdedoras. Estoy brindándote la oportunidad de ser una ganadora. Lo único que pido a cambio es que firmes un formulario de consentimiento. — Hace un gesto en dirección a Rana, que extrae del bolsillo del chándal un papel impreso y lo deja en la mesa, delante de mí.

Desde la muerte de Alka, he desarrollado un sexto sentido sobre ciertas cosas, una campanita que suena en mi cabeza siempre que la situación en la que me encuentro no es la ade-

cuada. La campanita suena en el instante en que cojo el formulario. Es corto, solo cinco frases:

1. El abajo firmante consiente en ser considerado para el puesto de director general de ABC Group of Companies.
2. El abajo firmante permite a ABC Group llevar a cabo los controles y trámites necesarios para evaluar la idoneidad para el puesto del abajo firmante.
3. El abajo firmante no está autorizado a dar por terminado el acuerdo en mitad del proceso, mientras los controles y los trámites estén todavía en desarrollo.
4. El abajo firmante consiente en mantener este acuerdo dentro de la más estricta confidencialidad y en no comentarlo con ningún tercero.
5. En consideración a lo antes estipulado, el abajo firmante ha recibido un avance a fondo perdido por un importe de cien mil rupias.

— Esto solo habla de un *lakh*, cien mil rupias —observo—. ¿No había mencionado la cifra de diez mil millones de dólares?

— Este *lakh* es simplemente por participar en las pruebas. Si fracasas, obtienes el dinero. Y, si las superas, obtienes el puesto. Te aseguro que el sueldo del director general tendrá muchos más ceros.

La campanilla de aviso de peligro repica ahora como una alarma de incendios. Sé que esto es un timo y que Acharya ya ha puesto otras veces en práctica este ardid.

— Dígame, ¿cuánta gente ha conseguido que le firme esto hasta la fecha?

— Eres mi candidata número siete. — Acharya suelta todo el aire de sus pulmones—. Pero me dice el corazón que serás la última. Mi búsqueda ha terminado.

—Y mi tiempo también. —Me levanto decidida—. No tengo intención de firmar este formulario ni de participar en ninguna prueba.

Rana responde a mis palabras depositando sobre la mesa un montón de billetes de mil rupias. Son nuevos y relucientes, recién salidos del banco. Está lanzándome un cebo, pero no siento tentaciones de picar.

—¿Cree que puede comprarme con dinero?

—Al fin y al cabo, esto es una negociación —insiste Acharya—. Recuerda, tanto en los negocios como en la vida, nunca obtienes lo que te mereces, sino lo que negocias.

—Yo no negocio con gente a la que apenas conozco. ¿Y si todo es una trampa?

—La única trampa es tener las expectativas demasiado bajas. Mira, comprendo tus reservas —dice Acharya en tono conciliador, inclinándose hacia delante después de apoyar los codos en la mesa—. Pero te conviene tener una visión menos negativa de la naturaleza humana, Sapna. Con toda mi sinceridad y honradez, te digo que quiero convertirte en mi directora general.

—¿Tiene idea de lo ridícula que llega a ser esta conversación? Estas cosas solo pasan en las películas y en los libros, no en la vida real.

—Pues yo soy real y mi oferta es real. Un hombre como yo no pierde el tiempo con tonterías.

—Estoy segura de que puede encontrar a otros candidatos que estarían más que dispuestos a aceptar su oferta. Yo no estoy interesada.

—Estás cometiendo un gran error. —Acharya agita un dedo hacia mí—. Tal vez el mayor error de tu vida. Pero no pienso presionarte. Coge mi tarjeta y, si cambias de idea en el transcurso de las próximas cuarenta y ocho horas, llámame. La ofer-

ta seguirá siendo válida. —Me pasa una tarjeta de visita por encima de la mesa. Rana me observa como un halcón.

La cojo, esbozo una tensa sonrisa y a continuación, sin mirar atrás, me encamino hacia la puerta.

Mientras me apresuro para volver al Bloque B del centro comercial, mi cabeza gira a más velocidad que un CD. Tengo una sensación abrumadora de alivio, como si hubiera conseguido escapar por los pelos de un grave peligro. Miro de vez en cuando por encima del hombro para asegurarme de que la pareja no me sigue. Cuanto más reflexiono sobre lo que acaba de suceder, más claro tengo que Acharya es un astuto timador o está loco de atar. Y no quiero tener nada que ver con ninguna de esas dos categorías.

No logro respirar con facilidad hasta sentirme de nuevo segura en la tienda, en mi universo de aire acondicionado, televisores con pantalla de plasma, frigoríficos *no frost* y lavadoras de alta tecnología. Me pongo el uniforme, intentando borrar de mi cabeza a Acharya, e inicio la habitual cacería de compradores potenciales. La primera hora de la tarde suele ser bastante floja en ventas y no hay muchos clientes disputándose mi atención. Intento que un comprador barrigudo y de aspecto desconcertado se interese por la última videocámara de Samsung, aunque parece más interesado por mis piernas, que asoman por debajo de la corta falda roja. Quienquiera que diseñara tan provocativo atuendo (y el dedo de la sospecha siempre ha señalado a Raja Gulati, el gandul hijo del propietario) buscaba que las vendedoras pareciésemos azafatas de avión. Con la diferencia de que, como dice mi compañera Prachi: «Recibimos las mismas proposiciones, pero no el mismo sueldo».

Para ser sincera, yo no me veo obligada a enfrentarme a tantas solicitudes lascivas como las otras tres vendedoras. Ellas sí que parecen azafatas de vuelo con su peinado de peluquería, su maquillaje impecable y su piel luminosa. Yo me asemejo más bien a un anuncio de la crema blanqueadora Fair and Lovely, una torpe sonrisa y una tez de esas que en los anuncios matrimoniales aparece descrita como «trigueña», una forma educada de decir que «no es clara». Siempre fui el patito feo de la familia. Mis dos hermanas menores, Alka y Neha, salieron con la tez de nuestra madre, blanca como la leche. Yo heredé la piel más oscura de mi padre. Y, en esta parte del mundo, el color de la piel es tu destino.

Hasta que empecé a trabajar en la tienda no descubrí que tener la piel oscura y un aspecto ordinario presenta también sus ventajas. Las mujeres ricas se sienten intimidadas por la competencia y no soportan la presencia de mujeres guapas. Se sienten más cómodas conmigo. Y, teniendo en cuenta que la mayoría de las decisiones de compra de las familias las toman las mujeres, siempre alcanzo mi objetivo mensual de ventas antes que las demás.

Otra cosa que he aprendido es a no juzgar nunca a los clientes por su aspecto. Se presentan con cualquier apariencia, tamaño y atuendo. Como el hombre de mediana edad que entra en la tienda justo después de las tres de la tarde, vestido incongruentemente con turbante y *dhoti*. Parece un culturista, con la parte superior del cuerpo enorme, los brazos fornidos y un bigote en forma de manubrio que ha cardado y retorcido hasta convertirlo en una obra de arte. Deambula por los pasillos como un niño perdido, abrumado por el resplandor del establecimiento. Viendo que las demás vendedoras se ríen por lo bajo ante lo rústico de su vestimenta y sus modales, recurre a mí. En poco más de diez minutos le he sonsacado la historia de su vida. Se

llama Kuldip Singh y es el patriarca de una próspera familia de campesinos de un pueblo llamado Chandangarh, en el distrito de Karnal, Haryana, a unos ciento cuarenta kilómetros de Delhi. Babli, su hija de dieciocho años, se casa la semana que viene y él se ha desplazado a la capital para comprarle artículos para la dote.

Por otra parte, su conocimiento sobre máquinas se limita a tractores y pozos tubulares. ¡No ha visto un horno microondas en su vida y piensa que la lavadora LG de carga superior de quince kilos de capacidad es un ingenioso aparato para batir *lassi*! Además, pretende regatearme el precio de los electrodomésticos. Intento explicarle que todos los artículos expuestos tienen un precio fijo, pero se niega a aceptarlo.

—*Dekh chhori*. Mire, muchacha — me dice en su tosca lengua vernácula—. En Haryana tenemos un dicho: por terca que sea una cabra, al final siempre acaba dando leche.

Es tan insistente que me veo obligada a convencer al encargado de que le ofrezca un cinco por ciento de descuento, y el cliente acaba comprando un carretón de mercancía: un televisor de pantalla de plasma de cuarenta y dos pulgadas, un frigorífico de tres puertas, una lavadora, un aparato de DVD y un equipo de música. Las demás vendedoras observan con callado respeto cómo el hombre saca un grueso fajo de billetes de mil rupias para pagar su orgía consumista. El palurdo pueblerino ha resultado ser un barón adicto a las compras. ¡Y yo acabo de conseguir otro récord de ventas!

El resto del día pasa volando. Salgo de la tienda a las ocho y cuarto de la noche, como es habitual, y, como es también habitual, cojo el metro en la estación de Rajiv Chowk.

El trayecto de cuarenta y cinco minutos me lleva hasta Rohini, un extenso barrio de clase media situado en el noroeste de Delhi. Con fama de ser la segunda colonia residencial más

grande de Asia, es en realidad un tentáculo feo y barato de la capital, atestado de bloques de pisos revestidos de hormigón, lúgubres y poco imaginativos, y de mercados caóticos.

Me bajo en Rithala, la última parada de la Línea Roja. Desde aquí, tardo veinte minutos a pie hasta la Colonia LIG, en Pocket B-2, Sector Once, donde vivo. De las miles de cooperativas de viviendas de Rohini, la mía es la más deprimente. Para empezar, su nombre — LIG, la abreviatura de «Lower Income Group»* — es como un bofetón en la cara. Construidos por la Delhi Development Authority en la década de los ochenta, los cuatro bloques de pisos de ladrillo rojo recuerdan la aglomeración de chimeneas de una fábrica de ladrillo, con su fachada exterior desteriorada y su afeado interior mostrando los reveladores signos de las chapuceras construcciones del Estado. Pero estoy agradecida por vivir aquí. Después de la muerte de papá, no habríamos podido permitirnos ni siquiera esos sombríos pisos de dos habitaciones, comedor y cocina por los que se pagan alquileres mensuales superiores a doce mil rupias. Por suerte, no tenemos que pagar alquiler por el B-29, nuestro apartamento en la segunda planta, ya que es propiedad del señor Dinesh Sinha, el adinerado hermano menor de papá. Al tío Deenu le dimos lástima y nos ha permitido vivir aquí gratis. Bueno, gratis del todo no. De vez en cuando me veo obligada a llevar a un buen restaurante a los imbéciles de sus hijos, Rolu y Golu. No entiendo por qué tienen que salir a comer a mis expensas siendo su padre propietario de tres restaurantes *tandoori*.

Lo primero que ves cuando entras a nuestro piso, en el pequeño recibidor donde tenemos la nevera, es una fotografía en blanco y negro y enmarcada de papá. Decorada con una guirnalda de quebradizas rosas, aparece en ella de joven, cuan-

* Grupo de Ingresos Inferiores, según traducción literal. (*N. de la T.*)

do aún no tenía sobre sus espaldas las responsabilidades de un maestro padre de tres hijas adultas. El fotógrafo se mostró amable con él, puesto que suavizó parte de las prematuras arrugas de preocupación grabadas en su frente. Lo que no consiguió retocar fue el severo gesto que subrayaba permanentemente las comisuras de su boca.

Nuestro modesto salón comedor está dominado por una ampliación en color de Alka, que domina la pared central. Tocada con un espantoso sombrero rojo, posa como las damas de Royal Ascot. Tiene la cabeza ligeramente echada hacia atrás, los ojos oscuros muy abiertos y los labios formando un mohín que produce una sonrisa bobalicona. Siempre la recordaré así: guapa, joven y despreocupada. Cada vez que miro la fotografía, es como si su contagiosa risa inundara la estancia. «*Didi! Didi! Kamaal ho gaya!* ¡Hoy ha ocurrido algo asombroso!». Oigo su voz impaciente recibíendome, preparada para compartir conmigo los detalles de alguna travesura tonta con la que ha estado soñando en el colegio.

Debajo de la foto hay un descolorido sofá verde cubierto con fundas blandas para protegerlo del polvo, un par de sillones de bambú con raídos cojines y un viejo televisor Videocon en el aparador, donde guardamos la vajilla y la cubertería. A la izquierda hay una mesa de comedor de madera de teca reciclada que conseguí a un precio increíblemente barato en una subasta de la embajada, con cuatro sillas a juego.

A través de unas cortinas de cuentas, accedes a la primera habitación, que es la de mamá. En ella hay una cama, dos *almirahs* de madera para guardar la ropa y un archivador metálico que hoy en día se utiliza básicamente como almacén de medicamentos. Mamá siempre tuvo una salud muy frágil; el repentino fallecimiento de su hija menor y su marido la dejó completamente devastada. Se encerró en un cascarón, y se volvió distante y ca-

llada, sin apenas comer y descuidando su aspecto. Cuanto más se alejaba del mundo, más enfermedades fue contrayendo su cuerpo. Ahora padece diabetes crónica, hipertensión, artritis y asma, afecciones que le exigen visitas regulares al hospital público. Cuando miras su cuerpo demacrado y su pelo de color plata, cuesta creer que solo tenga cuarenta y siete años.

La otra habitación la compartimos Neha y yo. Mi hermana pequeña solo tiene un objetivo en la vida: ser famosa. Ha empapelado las paredes de nuestro minúsculo dormitorio con pósteres de cantantes, modelos y estrellas de cine. Espera llegar a ser tan rica y famosa como todos ellos. Agraciada con una cara bonita, una figura de reloj de arena y una piel inmaculada, Neha es astutamente consciente del potencial económico que conlleva que te toque la lotería de los genes y por ello está dispuesta a explotar su belleza para conseguir lo que quiere. A lo que viene a sumarse también el hecho de que tenga formación como cantante, una buena base de conocimientos de música india y una gran voz natural.

Los chicos del vecindario están locamente enamorados de Neha, pero ella no les hace ni caso. Tiene ya resumido su futuro en tres únicas letras: B-I-G.* Y en él no está incluido nadie de la L-I-G. Pasa los días codeándose con las niñas ricas del instituto y las noches escribiendo cartas de solicitud para participar en *reality shows* y en concursos televisivos y de belleza. Neha Sinha es una chica de calendario de ambición desmesurada.

Presenta también una marcada propensión hacia el consumismo atolondrado y calca ciegamente la moda del momento. La mitad de mi sueldo mensual se destina a satisfacer sus necesidades en constante evolución: pantalones vaqueros ceñi-

* Grande, en inglés. (*N. de la T.*)

dos, barras de labios brillantes, bolsos de diseño, ostentosos teléfonos móviles... La lista no termina nunca.

Ahora lleva dos meses dándome la lata con un ordenador portátil. Pero ahí sí que le he parado los pies. Un cinturón de ochocientas rupias es una cosa, pero un chisme de treinta mil es otra muy distinta.

— Bienvenida a casa, *didi* — me dice Neha en el instante en que abro la puerta. Incluso consigue esbozar una sonrisa en lugar del mohín huraño que es su expresión habitual siempre que le niego alguna cosa.

— ¿Sabes aquel portátil Acer que me muero por tener?
— Me ofrece esa mirada de cachorrito que tan bien conozco. Normalmente suele aparecer antes de una nueva petición.

— Sí — respondo con cautela.

— Pues acaban de rebajarlo. Ahora lo encuentras por solo veintidós mil. Seguro que a este precio puedes comprarlo.

— No puedo — digo muy firme—. Aún es demasiado caro.

— Por favor, *didi*. Soy la única de la clase que no tiene portátil. Te prometo que después de esto no te pediré nada más.

— Lo siento, Neha, pero no podemos permitirnoslo. Tal y como están las cosas, apenas si llegamos a final de mes con mi sueldo.

— ¿Y no puedes pedir un préstamo a la empresa?

— No, no puedo.

— Eres cruel.

— Soy realista. Tienes que acostumbrarte al hecho de que somos pobres, Neha. Y de que la vida es dura.

— Preferiría estar muerta a tener que llevar una vida así. Tengo veinte años, ¿y qué he recibido a cambio? Ni siquiera he visto el interior de un avión.

— Tampoco yo.

—Pues tendrías que verlo. Todas mis amigas se van de vacaciones a lugares como Suiza y Singapur. Y nosotras ni siquiera podemos permitirnos ir a un pueblo de montaña aquí en la India.

—Vivíamos en un pueblo de montaña, Neha. Pero, de todos modos, ni los portátiles ni las vacaciones son importantes. Tu prioridad número uno debería ser sacar buenas notas.

—¿Y dónde me llevarán las buenas notas? Mira dónde has ido a parar tú después de ser de las mejores de la universidad.

Neha siempre ha tenido la misteriosa habilidad de herirme, tanto con su silencio como con sus palabras. Aun acostumbrada a sus cáusticos dardos, este me duele por su brutal honestidad, me deja sin habla. Y justo en ese momento suena mi teléfono móvil.

—Diga —respondo.

Es tío Deenu con una voz en absoluto típica de él.

—Sapna, *beti*, tengo algo importante que decirte. Me temo que son malas noticias.

Me preparo para una nueva muerte en la familia. Tal vez alguna tía enferma o una abuela lejana. Pero lo que me dice a continuación es lo más parecido a una bomba.

—Necesito que dejéis el piso en dos semanas.

—¿Qué?

—Sí. Lo siento mucho, pero estoy atado de pies y manos. Acabo de invertir en un nuevo restaurante y necesito dinero en efectivo de inmediato. He decidido alquilar el piso de Rohini. Hoy me ha llamado un agente inmobiliario con una oferta estu-penda. En las actuales circunstancias, no me queda otra opción que pedirlo a tu familia y a ti que os busquéis otra vivienda.

—Pero, tío, ¿cómo vamos a encontrar otra vivienda en tan poco tiempo?

— Te ayudaré a encontrarla. Solo que ahora tendréis que empezar a pagar alquiler.

— Si tenemos que pagar alquiler, también podríamos seguir en este piso.

Tío Deenu se lo piensa.

— Supongo que sería un acuerdo razonable —reconoce—. Pero no podréis permitirnos pagar lo que pido.

— ¿Cuánto te pagará el nuevo inquilino?

— Hemos acordado catorce mil al mes. Dos mil rupias más que lo que se está pagando en el mercado. Y además ha accedido a abonarme un año de alquiler por adelantado en concepto de depósito. Si aceptas las mismas condiciones, no pondré objeciones a que sigáis en el piso.

— ¿Estás diciéndome que pretendes que te paguemos un adelanto de ciento sesenta y ocho mil rupias?

— Exactamente. Siempre fuiste buena en matemáticas.

— Nos resulta imposible reunir ese dinero, Chacha-ji.

— Entonces buscad otro piso. — Su tono se endurece —.

Tengo que pensar también en mi familia. No dirijo ninguna casa de caridad. Y tened en cuenta que ya os he permitido vivir en mi piso dieciséis meses sin pagar nada.

— ¿Acaso no hizo también papá muchas cosas por ti? ¿Acaso no guardas ningún tipo de consideración hacia tu difunto hermano? ¿Quieres dejar a su familia en la calle? ¿Qué tipo de tío eres, Chacha-ji? — Intento que tenga remordimientos de conciencia.

La estrategia me rebota como un bumerán.

— No sois más que unas saqueadoras desagradecidas — dice, volviéndose en mi contra—. Y escúchame bien, se acabó eso de dirigirte a tu tío con ese tono meloso. A partir de ahora, nuestra relación será estrictamente la que pueda haber entre propietario e inquilino. De modo que o me pagáis la suma total en el plazo de una semana o dejáis el piso.

—Danos al menos un poco más de tiempo para disponer del dinero —le imploro.

—Una semana y no más. O pagáis u os largáis —dice, y da por terminada la llamada.

Me tiemblan las manos de indignación. Dedico un momento a desear todo tipo de muertes lentas y dolorosas a mi tío Deenu, antes de narrar la conversación a las otras dos ocupantes del piso. Mamá mueve la cabeza en un gesto de preocupación, más por pesar que por rabia. La maldad del mundo es algo que da por descontado.

—Jamás confié en ese hombre. Dios lo ve todo. Llegará el día en que Deenu acabe pagando por sus pecados.

Neha se muestra sorprendentemente optimista.

—Pues yo digo que, si ese cerdo nos echa de aquí, larguémonos de esta basura. Me asfixia vivir aquí.

—¿Y dónde vamos? —contraataco yo—. ¿Crees que encontrar piso es un juego de niños?

Antes de que estalle una nueva pelea entre nosotras, nuestra madre nos encarrila hacia temas más prácticos.

—¿Cómo vamos a conseguir todo ese dinero? —La pregunta se cierne sobre nosotras como un nubarrón lleno de malos presagios.

Papá no nos dejó gran cosa. Había desvalijado su fondo de pensiones mucho tiempo atrás para financiar las primeras incursiones de tío Deenu en el negocio de la restauración. Y los modestos ahorros que había reunido con su sueldo de maestro se agotaron con el traslado a la ciudad. En el momento de su muerte, apenas tenía diez mil rupias en la cuenta bancaria.

Mamá ya ha encontrado la respuesta a la pregunta. Abre el armario y saca dos pares de brazaletes de oro.

—Los guardaba para cuando os casarais. Pero si tenemos que venderlos para conservar la casa, que así sea. —Me los ofrece con un nostálgico suspiro.

Se me rompe el corazón con mi madre. Desde la muerte de papá, este sería el tercer lote de joyas de familia del que se ve obligada a separarse: primero para pagar los estudios de Neha, después para cubrir sus gastos médicos y ahora para conservar el piso.

Un pesado silencio se cierne sobre la casa cuando nos sentamos a cenar. Me embarga una tremenda sensación de fracaso, de haber decepcionado a mi familia cuando más me necesitaba. Jamás había percibido de manera tan intensa la falta de dinero. Por un fugaz momento pasa ante mis ojos la imagen de aquel montón de billetes nuevos sobre la mesa de la Coffee House, pero la ignoro considerándola una broma de mal gusto. ¿Cómo tomar en serio a un loco como Acharya? Aunque sigue dando vueltas por mi cerebro como una mosca fastidiosa.

Para satisfacer la curiosidad, me siento al ordenador después de cenar. Es un decrépito Dell de torre que rescaté de la tienda justo cuando iban a darlo a un vendedor de objetos de segunda mano. Pese a ser un dinosaurio que funciona con Windows 2000, me permite navegar por Internet, ver el correo y utilizar el procesador de textos para tener al día los gastos mensuales de la casa.

Entro en Internet y escribo «Vinay Mohan Acharya» en el recuadro de búsqueda. El término registra de inmediato 1,9 millones de resultados.

El empresario tiene una increíble presencia en el ciberespacio. Hay noticias sobre sus negocios, especulaciones sobre el valor de su red empresarial, galerías de imágenes donde aparece con distintas expresiones y vídeos de YouTube en los que se le ve dando discursos en juntas de accionistas y conferencias internacionales. En el transcurso de la media hora siguiente, me entero de muchas cosas sobre él, como su pasión por el críquet,

sus ocasionales (y poco exitosas) incursiones en el mundo de la política, su amarga rivalidad con su hermano gemelo Ajay Krishna Acharya, propietario de Premier Industries, y sus actividades filantrópicas. Por lo visto, dona dinero a mansalva a instituciones benéficas de todo tipo y ha sido galardonado dos veces con la Medalla Presidencial por tener el mejor programa de Responsabilidad Social Corporativa. Confirmando asimismo que perdió a su esposa y a su hija en el accidente de avión de la Thai Airways, que realizaba el trayecto de Bangkok a Katmandú y se estrelló el 31 de julio de 1992, en el que murieron sus ciento trece ocupantes.

A medida que voy rastreando en el interior de la ciénaga de información que contiene la web, Acharya se revela como una personalidad compleja y polémica. Sus admiradores lo aclaman como el hombre de negocios más ético de la India, mientras que sus críticos condenan abiertamente su idiosincrasia, su narcisismo y su megalomanía. Pero nadie discute su genialidad y su capacidad para, sin ayuda alguna, transformar ABC Group de la pequeña empresa que era en un principio en el octavo consorcio empresarial del país, con actividades que abarcan el acero, el cemento, el sector textil, la producción energética, el rayón, el aluminio, los bienes de consumo, los productos químicos, los ordenadores, la consultoría e, incluso, el mundo del cine.

Mi investigación deja clara otra cosa: el propietario de ABC Group ni es un astuto timador ni está loco de atar. Me pregunto, con dolorosas punzadas de duda, si al rechazar su oferta de entrada me habré perdido una gran oportunidad. Pero al instante me regaño por permitir que una esperanza tan ingenua como esta eclipse mi sentido común. En este mundo nunca obtienes algo a cambio de nada, me recuerdo. Cuando una oferta parece demasiado buena para ser verdad, normalmente es así.

Con todo y con eso, me acuesto con la sensación de que el tiempo me está dejando de lado. De que estoy atrapada en un trabajo que es un callejón sin salida con un futuro en estado de permanente espera. Hubo una época, no hace mucho, en que el barco de mi vida tenía rumbo e inercia. Pero ahora parece que navegue sin timón y a la deriva, puesto que una semana da paso a la siguiente, cada día es igual al anterior y no cambia nunca nada.

Al menos, los sueños de esta noche son distintos. Entre el confuso fárrago de imágenes fragmentadas, recuerdo perfectamente que estoy sentada a bordo de un lujoso avión privado y vuelo por encima de las cumbres nevadas de Suiza. Solo hay un pequeño problema: resulta que el piloto es el empresario Vinay Mohan Acharya.

A la mañana siguiente, inicio el largo y traicionero trayecto hacia el trabajo con actitud positiva y cabeza despejada. Los fines de semana el metro no va tan lleno, pero tengo especial cuidado con el bolso, que protejo poniéndole la mano encima. Regalo de mi amiga Lauren, es un bolsito trenzado de color marrón de Nine West, con detalles de falsa piel de serpiente en beige, sin duda un bolso con estilo. Hoy contiene además los cuatro brazaletes de oro de los que depende el futuro de mi familia.

En la parada de Inder Lok irrumpe en el vagón un hombre cuya cara me suena, con el pelo teñido, patillas largas y el atuendo de tela de *khadi* característico de los políticos. Va seguido por un grupo de partidarios y un destacamento de soldados armados que empiezan a desalojar a los pasajeros para dejar espacio al personaje importante y su séquito. El hombre, me entero por uno de sus lacayos, es el representante local en

el Parlamento, Anwar Noorani, que lleva a cabo su «paseo semanal en metro para establecer vínculos con el hombre de a pie». He leído acerca de este caballero en los periódicos, sé que dirige una cadena de hospitales privados supuestamente financiados con los beneficios procedentes de un *hawala* ilegal.

—Si tienen ustedes algún problema local que deseen poner en mi conocimiento, con toda confianza pueden visitarme en mi despacho de la circunscripción, justo detrás del Instituto de Tecnología de Delhi — anuncia el miembro de la asamblea legislativa. Sus ojos inquietos y entrecerrados recorren el vagón y se posan en mí—. ¿Cómo estás, hermana? —Me obsequia con una sonrisa de plástico. Aparto la vista y finjo mirar por la ventana. Por suerte, se baja en la siguiente parada.

Delhi es una ciudad extraña, reflexiono. Aquí, el estatus social no se basa en si vistes de Armani, conduces un Mercedes o citas a Jean-Paul Sartre cuando acudes a un cóctel. Tu estatus lo determina la cantidad de reglas que eres capaz de infringir y a cuánta gente eres capaz de acosar. Es el único honor que te incluye en la categoría de VIP.

La tienda bulle de actividad por la mañana. El sábado es el día de más trabajo. Además, con el torneo mundial de críquet a la vuelta de la esquina, la campaña de promociones que hacemos con ese motivo marcha viento en popa. En los próximos dos meses esperamos un considerable aumento en las ventas de televisores de pantalla plana.

Una pareja de recién casados me aborda pidiéndome consejo para adquirir un televisor. Se debaten entre el LCD y el plasma. En poco tiempo los convengo para que se decanten por el último modelo de Sony en tecnología LED, añadiendo a modo de cebo una tostadora eléctrica gratis como parte de nuestra promoción dos por uno, aunque no le pongo mucho empeño. Estoy distraída e impaciente, a la espera de que llegue el des-

canso de la hora de comer. En cuanto el reloj da la una, me escabullo por la puerta de atrás y tropiezo con Raja Gulati, el playboy más repugnante de Delhi. Está justo delante de Beckett's, un pub irlandés, a cuatro puertas de la tienda. Vestido con su característica cazadora de cuero, lo veo apoyado en su moto Yamaha contando un fajo de billetes. En el instante en que se percata de mi presencia, guarda el dinero y me ofrece una sonrisa radiante. Bajito y rechoncho, con barba incipiente, frondoso bigote y pelo largo, Raja solo debe su fama a que su millonario padre es el propietario de nuestro establecimiento. Su único pasatiempo consiste en beber alcohol y ligar. De creerme los cotilleos que corren por la tienda, parece ser que ya ha tenido éxito con una de las dependientas. Últimamente hace burdos intentos con Prachi y conmigo. Pero antes comería cucarachas a ceder a las insinuaciones amorosas de ese ser despreciable.

—Hoola, ¿a quién tenemos aquí? ¡La doncella de hielo en persona! —Me obsequia con una sonrisa bobalicona y da unos golpecitos en el sillín de la Yamaha—. ¿Te gustaría venir conmigo a dar una vuelta?

—No, gracias —respondo fríamente.

—Tienes unas piernas estupendas. —Me recorre el cuerpo con la mirada—. ¿A qué hora se abren?

Noto el ardor de la rabia subiéndome a la cara, pero no es el lugar ni el momento para tener un enfrentamiento.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu madre? —replico, y paso de largo por su lado. Suspira y entra en el pub, seguramente a ahogar sus penas en la bebida.

Sin perder tiempo, me dirijo a la joyería Jhaveri, en el Bloque N del complejo comercial. Prashant Jhaveri, su joven propietario, fue alumno de papá y siempre me ajusta los precios. Espero que me ofrezca más de doscientas mil rupias por los cuatro brazaletes de oro que llevo en el bolso.

En el cruce con la radial Seis, el tráfico está retenido por una procesión religiosa. Hay centenares de hombres, mujeres y niños envueltos en prendas de color azafrán, entonando versos y cantando al son de la trompeta y el *dhhol*. Se oyen bocina-zos de frustración y los peatones están que se suben por las paredes, pero el grupo continúa su jubiloso recorrido, ignorando los inconvenientes y las molestias que está causando. Y esto sucede a diario. Delhi se ha convertido en una ciudad repleta de manifestaciones y obras.

Sigo esperando que pase la procesión cuando alguien me toca el costado. Es un golfillo callejero vestido con un harapiento jersey. No pasa de los ocho años, y tiene la cara polvorienta y el pelo pringoso. No dice nada, simplemente extiende la mano, el gesto universal de los necesitados. Nada me inquieta más que ver niños mendigos. Con una edad en la que deberían estar en clase, deambulan por las calles, tratando de ganarse la vida explotando la única habilidad laboral que poseen: infundir lástima. Casi nunca les doy limosna, puesto que creo que solo sirve para incentivar más si cabe la mendicidad. Peor aún, suele conducirlos hacia adicciones más peligrosas, como el pegamento, el alcohol e incluso otras drogas. Lo que en realidad necesitan es un golpe de suerte, un entorno que los apoye y una sana dosis de respeto hacia sí mismos. Cosas que proporcionan Lauren y su organización, la RMT Asha Foundation.

Me cuesta sacarme de encima al mendigo.

—Llevo dos días sin comer. ¿Podrías darme algo de dinero? —murmura, llevándose una mano huesuda al estómago. Veo sus ojos, grandes y suplicantes, y no puedo decirle que no.

—No te daré dinero —le digo—, pero te compraré algo de comer. —Su rostro se ilumina. Tenemos al lado un vendedor ambulante que tiene *chhole kulcha* a diez rupias—. ¿Quieres uno? —le pregunto.

—Me encanta el *kulcha* — responde, relamiéndose sus agrietados labios.

Descuelgo el bolso del hombro y abro la cremallera para sacar dinero. En ese mismo instante, alguien se abalanza sobre mí desde atrás y me arranca el bolso. Sucede todo a tal velocidad que ni siquiera veo la cara del ladrón. Lo único que percibo es un latigazo de azafrán. Antes de que pueda darme cuenta, se ha fundido con la multitud de devotos. Me giro y veo que el niño mendigo también ha desaparecido. He sido víctima de la trampa más vieja del mundo.

Me quedo inmóvil por un momento, pasmada por el vuelco de los acontecimientos. Tengo las manos heladas y apenas puedo respirar.

—¡Nooooo! — Suelto un grito de angustia y me sumerjo en el mar de azafrán. Me aplastan y empujan por todos lados, pero sigo excavando la pared humana buscando a ciegas al ladrón.

No encuentro al culpable, pero, en cuanto la procesión ha pasado, descubro el bolso en la acera. Corro a cogerlo. Veo que contiene todavía el teléfono móvil y las llaves de casa. Mi carné de identidad, el lápiz de labios, las gafas de sol y el spray de gas pimienta permanecen intactos. Todo está allí, excepto los cuatro brazaletes de oro.

Me derrumbo en la acera, mareada y con náuseas. Me pesan los brazos y mi visión se torna borrosa. Cuando vuelve a aclararse, veo a un policía agachado a mi lado.

—¿Se encuentra bien? — me pregunta.

—Sí — respondo débilmente—. Acaban de robarme el bolso.

—¿Y esto qué es, entonces? — Toca con la porra el Nine West que descansa en mi regazo.

—Se..., se ha llevado los brazaletes de oro de mi madre y ha dejado el bolso.

—¿Le ha visto la cara? ¿Podría darnos la descripción del ladrón?

—No. Pero ¿no conoce la policía las bandas que operan en la zona? Estoy segura de que pueden atraparlo. —Me agarro a su brazo como si fuese una baliza de salvamento—. Tiene que hacer algo, por favor. Si no recupero los brazaletes estaremos en la ruina. Si quiere, hago la denuncia.

—No le servirá de nada. Son cosas que suceden a diario. A menos que tengamos una descripción, no podemos hacer nada. Siga mi consejo. No pierda ni su tiempo ni el nuestro yendo a comisaría para poner la denuncia. Limítese a ser más cuidadosa con sus pertenencias la próxima vez. —Me ayuda a levantarme, me lanza una mirada compasiva y se va, dándose golpecitos en la palma de la mano con la porra.

Reuelvo con desesperación el bolso una vez más confiando desesperanzada en poder encontrar los brazaletes en su interior, pero los milagros solo suceden en los cuentos de hadas y las películas. Se me forma un nudo enorme en la garganta y las lágrimas ruedan por mis mejillas en cuanto el cerebro empieza a asimilar la magnitud de la pérdida. A mi alrededor, la gente ríe, come, compra, disfruta del sol. Nadie puede entender mi tortura interior. De pequeña, perdí una vez mi muñeca favorita y me pasé dos días enteros llorando. Ahora he perdido las joyas más valiosas de mi madre. Pero el ladrón ha robado algo más que el oro: nos ha robado el futuro.

Sigo sollozando en la acera cuando mi mirada se posa en una gigantesca valla publicitaria que muestra la temperatura y la hora. Sorprendida, me doy cuenta de que son ya más de las dos. A Madan, mi detestable jefe, no le gusta nada que las empleadas se ausenten más tiempo del necesario para comer. Además de perder los brazaletes, también existe ahora el riesgo de perder el trabajo.

Echo a correr, mis tacones de ocho centímetros me molestan y me hacen tropezar a veces, y llego por fin a la tienda, sin aliento..., solo que la tienda ya no parece la misma. Se oyen voces, veo clientes perplejos invitados a salir con desalmadas disculpas y, a continuación, bajan la persiana hasta media altura, el equivalente a una bandera a media asta, señal clara de que hay problemas.

Paso por debajo de la persiana y aquello es una casa de locos. Hay gritos y palabrotas. Las acusaciones vuelan por el aire como aviones de papel. Todo el mundo está reunido junto a la caja, incluso el señor O. P. Gulati en persona, el venerable propietario, y alguien grita con agónico dolor. Me abro paso entre la aglomeración de chicos de los recados, administrativos, repartidores y dependientas y descubro que los gritos provienen del señor Choubey, nuestro calvo cajero, un hombre de cincuenta y cinco años de edad. Rueda por el suelo, víctima de la despiadada paliza que está infligiéndole Madan, el jefe y el hombre más odiado del establecimiento.

—*Namak-haram!* ¡Traidor hijo de puta! —vocifera Madan, sin dejar de arrearle puñetazos en la cara y patadas en el estómago. Madan, un hombre despiadado y agresivo, solo tiene dos pasiones en la vida: adular al señor Gulati y obtener un placer sádico regañando a los empleados de la tienda.

—No sé cómo ha ocurrido. Solo me he ausentado veinte minutos para comer —se lamenta el cajero, pero no puede impedir otro brutal golpe. Pongo una mueca de dolor al verlo. Yo únicamente he perdido unos brazaletes de oro; Choubey ha perdido su orgullo, su dignidad.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Prachi, dándole un codazo. Me informa de lo que ha sucedido durante mi ausencia. Por lo visto, el señor Gulati ha llevado a cabo una inspección sorpresa y ha descubierto un déficit de casi doscientas mil rupias en

el turno de la mañana. Teniendo en cuenta que la caja estaba bajo la supervisión directa del cajero, acusan a Choubey de malversación.

—Juro por mis tres hijos que yo no lo he hecho —gimotea el cajero.

—Dime dónde está el dinero y te perdonaré —exige el señor Gulati, en tanto sus tupidas cejas convergen como dos orugas que quieren tocarse.

—Madan ya me ha cacheado. No tengo el dinero —se lamenta Choubey.

—Este desgraciado debe de habérselo entregado a su cómplice —teoriza Madan—. Sugiero que lo entreguemos a la policía. Ellos le sonsacarán la verdad en un periquete. Llevo ya un tiempo fomentando la amistad con Goswami, el inspector de la comisaría de Connaught Place. Ha llegado el momento de aprovecharlo.

—No lo haga, por favor, *sahib*. —Choubey se agarra a los pies del señor Gulati—. Llevo treinta años trabajando para este establecimiento. Mi esposa y mis hijos morirán sin mí.

—Pues que mueran —exclama con rencor el señor Gulati, moviendo la pierna para soltarse—. Madan, llama por teléfono a ese inspector que conoces —ordena.

No conozco muy bien a Choubey. Es un hombre callado y reservado. Nuestra relación se ha limitado al educado intercambio de cumplidos, pero siempre me ha parecido un hombre concienzudo, cortés y diligente. Me resulta inconcebible que haya engañado a la empresa. Y ni siquiera un consumado criminal hace un falso juramento por sus hijos. Y es justo en ese momento cuando me viene una imagen a la cabeza: la de Raja Gulati sentado en la moto, contando un fajo de billetes. Sé que a Gulati padre no le gusta que Raja beba y sea un mujeriego. Y que el despreciable hijo es capaz de robar la caja sin que

nadie se entere con tal de poder costear su estilo de vida desenfrenado.

— ¡Espere! — grito, dirigiéndome a Madan—. ¿Cómo sabe que el señor Choubey es el culpable?

Todo el mundo se gira para mirarme. Madan me lanza una mirada asesina, pero se digna responderme.

— Es el único que tiene las llaves de la caja fuerte.

— ¿No es cierto que la familia Gulati tiene también esas llaves?

— ¿Qué estás sugiriendo? — me interrumpe el señor O. P. Gulati—. ¿Que he robado a mi propio establecimiento?

— No digo que haya sido usted, señor. Pero ¿y Raja?

Se escucha una inhalación de aire colectiva. Incluso yo me sorprendo ante mi temeraria osadía.

— ¿Te has vuelto loca? — A Madan casi le da un ataque de apoplejía—. Raja-babu ni siquiera se ha pasado hoy por la tienda.

— Yo lo he visto fuera hará cosa de una hora contando un fajo de billetes.

Me doy cuenta de que el señor O. P. Gulati está preocupado por la noticia. Agita las manos con nerviosismo, se muerde el labio inferior, sopesando las posibilidades. Al final, el cariño paternal prevalece sobre las dudas.

— ¿Cómo te atreves a hacer una acusación tan difamatoria contra mi hijo? — dice, arremetiendo contra mí con los ojos brillantes de rabia—. Una palabra más y te despido de inmediato.

Me quedo en silencio, sabiendo que, por mucho que discuta, nada podrá superar el amor ciego de un padre.

Media hora después llega un *jeep* de la policía con el inspector Goswami, un hombre alto y fornido que está beneficiándose

de un treinta y cinco por ciento de descuento en todas las compras que realiza en el establecimiento. Coge al contable igual que un carnicero agarraría un pollo. Choubey se va sin protestar, sin montar escena alguna, como si hubiera aceptado su destino. Observo con rabia e impotencia cómo se despliega ante mis ojos esta parodia de justicia. A Choubey le han etiquetado de ladrón por el simple hecho de ser débil e indefenso. Y Raja Gulati ha salido libre del desfalco porque es rico y de buena familia. Siento tantas náuseas que quiero vomitar. Tiemblo de odio hacia Raja y su padre. Sé que lo que le ha pasado hoy a Choubey puede ocurrirme a mí mañana. Y que, al igual que Choubey, no podría hacer absolutamente nada al respecto. Los impotentes de este mundo solo tenemos dos alternativas: aceptar los abusos o marcharnos, para luego sufrir los mismos abusos por parte de otra persona poderosa.

Acharya tenía razón. El mundo se divide en ganadores y perdedores. La gente como los Gulati son los ganadores, y los tipos como Choubey y yo somos los perdedores.

La vida cambia en unos pocos momentos claves. Este es uno de ellos. Noto en el estómago un nudo de determinación que, poco a poco pero sin titubeos, va endureciéndose. Abro el bolso y busco la tarjeta de visita que me dio Acharya. La campanita del interior de mi cabeza empieza a sonar de nuevo, pero no le hago ni caso. Una perdedora no tiene nada que perder. Respiro hondo y marco en el teléfono móvil el número de la tarjeta.

Me responde una voz femenina escrupulosamente modulada.

- Ha contactado con ABC Group. ¿En qué puedo ayudarle?
- Me gustaría hablar con el señor Vinay Mohan Acharya.
- ¿Podría saber quién le llama?
- Sapna Sinha.